

rras, el cual, dirigiéndose á los dioses, conjurólos para que castiguen á la mujer extraña, errante por los linderos de aquel su imperio, donde construye á precio de oro en espacios primitivos suyos una ciudad, y cuando le ofrece y le presenta él su fuerte mano, requiriéndola de amores y designándola para esposa suya con ánimo de salvarla y defenderla contra tantas asechanzas, le prefiere al nuevo Paris, circuido por un cortejo de mujeres livianas, coronado por la tiara libia, oliendo á femeniles perfumes, y en su debilidad, incapaz para el combate, siquier ladrón ó raptor de quien debía buscar otras alianzas y enlazarse con otros hombres. Los clamores de aquel bárbaro debieron, á la verdad, hendir el cielo y penetrar en Júpiter, cuando éste diputó á Mercurio para que apartase á Eneas del propósito de quedarse fijo en Cartago, y le dijese cómo habiéndole preservado el cielo de las armas y de las teas griegas en Troya y del huracán horroroso en los mares africanos, lo hizo así para que pudiera cumplir sus personales destinos y dar origen á la romana gente. Mercurio, cumpliendo las órdenes de Júpiter, se calza los borceguíes alados, que le conducen rápido sobre los mares y las tierras; empuña la varilla milagrosa que sugiere los sueños y evoca las almas; pasa por lo alto del Atlas enorme, cuyas espaldas sus-

tentan los cielos, y cae sobre los líbicos arenales, donde halla á Eneas ceñido ya con la púrpura tiria y armado con las espadas fenicias. Invisible, pero persuasivo, el dios, reconviene como un remordimiento la conciencia del piadoso Eneas, quien queda inmóvil de horror, pálido el rostro, cerrados los labios, erizada la cabellera, sintiendo cómo los dioses le apartan de aquellos sitios contrarios á su finalidad natural, y le arguyen por aquellos ocios indignos de quien estaba llamado á presidir, según decretos celestes, obra tan colosal como los orígenes y comienzos de la Ciudad Eterna. Pero, poco fijo en sus intentos, poco resuelto por su índole y por su carácter, de ánimo perplejo, de ideas ondulantes, no sabe por donde salir, y ya se le aparece á los ojos febriles el destino malogrado por su culpa, ya la mujer á quien perdiera con sus condenables ligerezas. Por fin resuelve partirse, y llamando á sus compañeros de navegación les encarga con sigilo aprestar los barcos á la inmediata fuga y esquivarse por todos los medios al furor de Dido.

¿Cómo engañar á una mujer amante? Aunque su poder y su vigilancia de reina en autoridad y en ejercicio no le dijeran todo cuanto necesitaba saber, diríanselo sus profundos afectos y los avizores ojos de su alma. En cuanto lo advierte, un delirio se apodera de sus nervios y enciende su



sangre, delirio comparado por el poeta latino á la embriaguez impulsora de las bacantes, que les inspira en sus bacanales aquellos sus gritos dicordes y aquellos sus desordenados movimientos. Demudado el rostro, destrenzada la cabellera, desceñido el traje, la ira en los ojos, la hiel en los labios, el resuello de un moribundo que pelea con los asaltos de su agonía en el pecho, Dido corre á la presencia de su Eneas para detenerle con imperio á su lado é impedir aquel viaje, á cuya horrible tristeza no podría, no, sobrevivir la cuitada. El primer adjetivo lanzado al rostro de su ingrato amante, adjetivo muy propio de las acciones que perpetra, es el adjetivo de pérfido. Hiérela en sus más íntimos sentimientos, oféndela con imperdonable ofensa el que haya Eneas creído posible ocultarle un proyecto como el proyecto de su fuga y huir salvo de sus reconvenciones y de sus quejas. Un amor sin límites, un reino sin fronteras, una riqueza sin medida, una mujer sin esperanza ya en el mundo, si después de haber traicionado á su marido Si-queo la deja y abandona en su dolor aquel por quien cometió la traición, debían rendir todo pecho, no helado por la nieve de un desdén sin ejemplo. Aquel hombre, á pesar de sus empresas calmoso, y á pesar de sus guerras tímido, siempre á las precauciones dispuesto y siempre sujeto al do-

minio de su conciencia y de su pensamiento, ahora, como atolondrado é imprevisor, alza el cable y tiende los velámenes en la estación de los aquilones deshechos, en el tiempo de las tormentas, cuando el rudo invierno todo lo azota y el mar á toda navegación se resiste. Ni por Troya resucitada, ni por sus padres redivivos, ni por los antiguos penates y dioses, ni por toda su raza y gente, se hallaría justificado el abandono, inexplicable de todo punto, dirigiéndose, como se dirigía entonces, á tierras nunca vistas para dominar sobre pueblos desconocidos. Así la reina enamorada, rendida, que había por su Eneas faltado á juramentos fúnebres tan obligatorios y corrido los riesgos de conjurar en contra suya las naciones líbicas, los reyes nó-madas y aun los tirios mismos, perdido ya el pudor, vulnerada la castidad que ofreciera como un exvoto á sus dioses, convertido el delirio de un minuto en sacro himeneo con mengua del respeto que debiera guardar á la santidad de su doctrina y al deber en una reina de los buenos ejemplos ante sus vasallos, no pide su amor al ingrato, le pide compasión. Si cuando recatada viuda, buena mujer, próspera gobernante, celosa reina, hermanos como Pigmalión se proponían demoler los muros de su ciudad, y vecinos como Yarbas llevarla cautiva por los desiertos á sus tribus indóciles, ¿qué



no harían ahora viéndola claudicar y pagada su enorme culpa imperdonable con el desprecio y el abandono de aquel por quien, demente y ciega, claudicara? ¡Ah! En los rápidos amores, en aquel delirio de su alma no le restaba consuelo ninguno, ni siquiera la prenda carísima de amor que deja el más vulgar de los esposos á su esposa, un hijo parecido á él y destinado á recordar en esta semejanza el antiguo amor.

¿Qué podía responder á todo esto Eneas? El destino antiguo lo encadenaba como á los héroes de la tragedia clásica. Buscaba en su interior medios de servir y obedecer á la esposa cuya pena le partía en mil pedazos el corazón; pero no los hallaba, sumiso como debía estar á los imperiosos mandatos de Júpiter. La hermosura de aquella mujer desolada rendía su ánimo; el recuerdo inextinguible de sus beneficios pesábale con inmensa pesadumbre sobre la conciencia; desde sus sentidos más groseros hasta sus facultades más elevadas le hablaban de sus deberes para con ella; y, sin embargo, no podía contrastar la inflexible voluntad omnipotente del cielo, superior á su individual voluntad. Lo único un tanto consolador para él entre las acerbadas reconvenciones, ya de su Dido, ya de su conciencia, estaba en la falta cometida, en que, si bien le llamaba esposo, no había empeñado pala-

bra previa de tal y recibido las sanciones de un verdadero himeneo en aquel delirio de un momento. Como no pudo quedarse allí en su patria para enterrar el despojo sacratísimo de toda su raza y sostener los sacros muros de su Troya renaciente para los vencidos, pues debió ir, obedeciendo las órdenes de Apolo y los oráculos de Licia, en busca de Italia, imposible también quedarse allí en Cartago, como imposible le fuera de todo en todo á la reina volverse de nuevo á Tiro. Roto, fugitivo, desterrado, errante, sin la patria de sus padres, sin el templo de sus dioses, sin el sepulcro de sus progenitores, por la sombra de aquel que lo engendrara y por la suerte de quien él engendró, debía dejar las líbicas riberas y trocarlas por las riberas italias. De consiguiente, cuando todavía las cuádruples alas del mensajero Mercurio agitaban los aires; cuando resonaba la voz de Júpiter en los cielos, no había lugar á reconvenciones y á quejas, sino á conformarse con el destino, á quien irritaban todas aquellas voces con todas aquellas lágrimas inútiles, y seguir, siquiera fuese de mal grado, hacia Italia. Estas excusas no persuadían de ninguna suerte á Dido, antes bien por vanas iban derechas á despertar sus invencibles cóleras. Los ojos le saltaban de las órbitas como su corazón del pecho, y no sabía ya de cuál palabra valer-



se para contestar á tan cruel desdén. No, no podía tener Eneas por madre una diosa ni llevar en sus venas la vida de Dardano. Sólo el siniestro Cáucaso aborta criminales como él y las tigres de Hircania crían á sus impíos pechos cachorro semejante. Cuando, náufrago y miserable, la tierra lo había rechazado y el mar lo había escupido, ella lo recogiera y asilara; cuando, sin espacio para sus hogares y sin patria para sus hijos, ella le cediera un feraz imperio; cuando, pobre y desnudo y hambriento, estrellada su nave y roto su cuerpo contra las escollos, le colmara con todos los bienes del mundo, ¡ah!, Eneas tan sólo sabe responder á esto con la ingratitud más implacable y con los más feroces desdenes.

La infeliz no puede comprender que se invoque para crimen de tal modo enorme, ni los dioses, ni los oráculos, ni los consejos de Apolo, ni las órdenes de Júpiter, ni los mensajes de Mercurio: que no turban las divinidades celestes el olímpico reposo propio por las mortales miserias. Al contrario, si han de responder á la justicia que les impone lo superior de su naturaleza íntima, si han de castigar al malvado, si han de volver por la virtud y la inocencia, en vano buscará entre las ondas su imperio Eneas. El viento lo estrellará contra las rocas, las olas se tragarán hirvientes los restos de

su cuerpo destrozado, y al morir la palabra última de sus labios habrá de ser el nombre de la mujer abandonada, y al entrar en la eternidad, allí en el orco, habrá de hallarse frente á frente con su sombra reconviniéndole y atormentándole por siglos de siglos. Viéndose tan desdeñada, huye á los ojos de su Eneas Dido, furiosa consigo misma por no haberse á ellos esquivado y huído en días más propicios, antes de tropezar en su corazón y despeñarse infeliz en sus brazos. Eneas, conociendo todo el horror de la desgracia infligida, y fidelísimo al natural dulce de sus padres heredado, quisiera extinguir con frases y besos de amor aquellas amargas quejas y hasta quisiera detenerse allí; mas no lo permiten los dioses, cuyos mandatos á la resistencia se redoblaban, y tiene que rehacer su flota, carenarla, ponerle mástiles y remos recién cortados en los verdes árboles, mientras Dido gime desde alta torre, viendo en tumultos las riberas ocupadas por tantos trabajadores y cubierto el mar de leños y velámenes, confundidos los clamores de las gentes con los clamores de las olas, y todo el aire y todo el suelo en ardor y en movimiento. A pesar del odio que las acciones de su Eneas le promueven allá en el alma, todavía le quiere, y viendo cómo los troyanos apereiben cordajes y velas á los vientos favorables, y cómo coro-



nan las popas bellísimas con guirnaldas frescas, no pudiendo comprender que así castiguen ellos con daño tal á quien solamente les granjeara bienes, pide á su Anna, invocando el mutuo fraternal cariño y trayendo á sus mientes la distinción y amistad con que siempre la trató Eneas, una intervención activa en su desgracia para conjurarle á que recuerde los beneficios recibidos, el amor gustado, la felicidad sentida, y ya que no preste la debida fe á un himeneo traicionado, ni renuncie al imperio de su Lacio apartadísimo, le conceda tregua en su dolor y se quede hasta los meses rientes de la dulce primavera, en los cuales un cielo claro y sereno, un mar celeste y dormido, unos céfiros favorables habrán de auxiliar á su navegación y ofrecerle á su término y fin una tierra florida y serena, en la cual puede hallar la felicidad completamente imposible para él de resistirse á este último ruego y negarse á este último favor. Pero ninguna de tales instancias ablandan aquel corazón endurecido por los mandatos de los dioses. No parece sino que sus oídos están como tapados y como amordazada su boca, pues ni oye las instantes súplicas ni encuentra en su elocuencia palabras de alivio y consuelo al dolor por su propia tenacidad engendrado. Italia le pide y á Italia va. *Italiam non sponte sequor.*

En tal angustia Dido se ve afectada, no sólo del dolor que le causa el despego de su Eneas, sino del remordimiento que le causan sus actos propios. Ya no quiere verse á sí misma ni en el espejo de las fuentes, como si del propio sér se hubiera desceñido. Ya no quiere convertir los ojos al cielo, como si del cielo se hubieran los dioses ausentado. La luz tan brillante se trueca para ella en sombra; el calor de la vida en frío mortal. Inútilmente corre á los altares; el dios de su predilección la rechaza. En vano presenta libaciones; el hidromiel se vuelve negro y el vino de los cálices sagrados se cambia en sangre coagulada. Cuando mira los genios propicios á quienes enderezara tantas oraciones y de quienes recibiera tantos bienes, estos genios toman las formas y los aspectos de siniestros remordimientos. Visiones fatídicas en los ojos, crueles puñaladas en el corazón, gritos discordes en la conciencia, perplejidades sombrías en el espíritu: he ahí el estado terrible de Dido. Un templo tenía en su palacio consagrado á los manes del esposo difunto, y allí, donde blanqueaban siempre sobre las aras albos vellones y olieran frescas guirnaldas, siéntese ahora como estremecimientos en el suelo, como gemidos en el aire; vese la noche más oscura en medio del día, cual si todo el espacio se hubiera convertido en duelos, y lutos, y mortajas, y sudarios. Sus pa-



vimientos de mármol, sus columnas de ágatas coronadas por chapiteles de bronce, sus techumbres de negro ébano incrustadas en marfiles de Persia y en oro de Ofir, sus nichos resplandecientes de pedrería, sus candelabros alimentados por olorosos aceites, sus incensarios, donde arden las olientes resinas de India, despiden aves nocturnas de ojos fosfóreos, buhos gigantescos, los cuales de allí se alzan, y, abriendo sus alas sedosas, parecidas á velos fúnebres, envuelven de sombras nefastas la vivienda y la persona de Dido, al par que murmuran siniestras maldiciones en sus desgarradas orejas. Las Euménides, que amargaran en Tebas los días de Penteo; las Furias, que persiguieran por las orillas del mar á Orestes con sus gritos feroces; la Medea en su carro, tirado por serpientes que silban; la esposa de Agamenón armada con antorchas infernales no dan idea exacta, no, del aspecto revestido por los dolores y remordimientos de Dido en la hora funestísima de su desesperación. Poco á poco su mala estrella le dice cómo no le consiente ya el destino adverso ningún otro refugio, sino el que guarda en su hondo silencio, en su terrible frío, en su espantosa oscuridad, en sus negros abismos, la implacable muerte. Morir, morir, morir, dice por tres veces Dido en su dolor intenso, después de haber visto despoblado el cielo y despoblada el alma de toda esperanza.

Tomada esta resolución arbitra los medios de cumplirla. Pero tiende á ocultarla de todo el mundo, engañando, ya que ha sido engañada ella. Su confidente, su hermana misma, no consigue de esta ley general exentarse. Dido lo dice con burla reconcentrada, y de muy difícil comprensión, haber encontrado el medio conducente, ó bien á reconciliarle su Eneas, ó bien á desasirla de su amor. Por las tierras lejanas que al Océano se avecinan, allí donde á diario el sol se apaga en las ondas, extiéndense las apartadas regiones de negra Etiopia, en que sostienen sobre sus espaldas el Atlas incommensurable los ejes resplandecientes del cielo estrellado, tierra, que le manda una sacerdotisa, perteneciente á la nación de los masilios, guardadora del templo de las Hesperies, la cual alimentaba de líquida miel y embriagadoras adormideras el dragón vigilante, bajo las ramas sagradas de los árboles sobrenaturales, y que maga de oficio, encantadora, hechicera, industriada en horóscopos y sortilegios y quiromancias, se ufana de ligar y desligar á su grado los corazones, impeler atrás los ríos, subvertir los astros, evocar los muertos, estremecer la tierra; para todo lo que necesita apereibir una hoguera en el patio principal de palacio, cuyas voraces llamas, consumiendo todos los dones llevados allí por Eneas, sus armas troyanas y su tá-



lamo nupcial, consumirá con todos estos objetos los intensos y nefastos amores. Imposible que la tierna confidente adivine cómo su hermana mayor junta todo esto, no para hechicerías y encantamientos inútiles, para su propio fin y muerte. La que ha sufrido cosa tan grave como el traspaso desde nuestro mundo al otro de su primer marido Siqueo, bien puede sufrir todavía los desdenes del pío y tierno Eneas. Así no halla inconveniente alguno en que los haces de leña olorosa y seca se hacinen por los patios del regio palacio cartaginés y sobre su tope ó cima se pongan los regalos de Troya traídos, la espada reluciente, su efigie misma y el tálamo nupcial donde fueran felices en amores exentos de cuidado. La magia tiene todos estos caprichos, inventa todas estas brujerías, recurre á liturgias extrañas, extrae maleficios de las cosas más vulgares y bien puede aguardar algunas virtudes eficaces del oloroso pino, del chisporroteador sarmiento, de los aromosos leños hacinados en una inmensa hoguera. Álzase, pues, la terrible pira, predestinada, sí, á extinguir la pasión de Dido, pero extinguiéndola también á ella. Como desde la hora y punto en que tomó tal resolución la cuitada concluyeran sus combates, y con sus combates sus perplejidades, sonriéndole calma bien ajena de las tormentas anteriores, aquella cal-

ma del sueño eterno, tan propicia y seductora para los infelices, el ceño de Dido se desarrugó, tornóse tersa la frente, cayeron á sus piés como muertas las penas producidas por sus recientes combates, irguióse majestuoso el cuerpo tronchado antes á los empujes del huracán, los ojos relucieron como no habían relucido durante la condensación de tantas nubes, una sonrisa de santa esperanza y de tranquila felicidad se dibujó en aquellos labios de rosa, y la transfiguración prestada por su proximidad á las sombras del sepulcro aumentó la belleza de aquel rostro, sereno ya, con la paz de aquel ánimo, suspenso, cual una estrella vespertina, sobre los insondables abismos realizados por los reflejos del crepúsculo.

Antes de conciliar Dido el sueño eterno visitó los espacios y lugares donde había de dormirlo aquí en la tierra. Como la simiente busca el hondo surco para brotar, crecer, florecer y fructificar, busca el hombre la honda tumba para transformarse después de muerto y revivir en la serena inmortalidad. Cartago, siguiendo la costumbre fenicia, depositaba los muertos en concavidades que bien podían llamarse grutas, cuevas ó cavernas, arrebatándolos así á la vista humana y á la diurna luz. El misterio, el secreto, el reposo, el silencio, todo lo que nos acerca de suyo á la eternidad re-



quiere sitios profundos y ocultos, donde no puedan penetrar ni el resplandor del sol, ni el examen de la indagación, contradictorios con todo cadáver. Allí dentro, en aquella soledad, en aquellos abismos sólo abiertos á las oraciones de los vivos, preparaban al muerto sudarios de lino que lo envolvieran, sarcófagos de piedra que lo guardaran, ataúdes hermosísimos de olorosos cedros que le granjearan un tálamo tranquilo en sus desposorios con la muerte. Sobre los sarcófagos veíanse esculpidas palmas en señal de combate, coronas y guirnaldas en señal de victoria, pródigos árboles de sombras propicias y necesarias al reposo y descanso en la eternidad. Algunas veces, como Tiro se hallaba tan cerca del territorio egipcio, y las costumbres del Egipto alcanzaban tanta validez entre los pueblos occidentales, imitaban los cartagineses la sabida liturgia del Nilo, y convertían sus muertos en momias de cabelleras rizadas como las asirias, de trajes multicolores como los trajes de Menfis ó de Tebas al par que de rostros tan armoniosos y serenos como los rostros de las estatuas griegas. Pero no tenían los muertos aquella continua y vistosa exposición del Egipto. Creíase de necesidad para ellos la tierra con el fin de ocultarlos á esta luz natural, dejándolos esclarecidos tan sólo por la luz sobrenatural de las regiones eternas. Un ataúd allí era

como arca cerrada para el mundo y como nave abierta para los vientos del cielo, que podían empujarla más ó menos suavemente á la eternidad. Para que no penetrase la vida nuestra, ni la luz nuestra, ni el aire nuestro en los ataúdes, cerrábanlos con clavos, poníanles anillos de hierro y relieves de bronce. Pero al mismo tiempo dejaban en torno de los ataúdes frascos y pomos rebosantes de embriagadores aromas, vasos fúnebres que los griegos llamaban alabastros y que se componían ciertamente, no de la piedra indicada por tal nombre, sino de ágata y marfil, ídolos, amuletos hechos de pórfito como el escarabajo místico, palomas representantes de la pasión amorosa por su hermosura y por sus arrullos, el carro de los viajes eternos uncido á caballos con alas, Anubis rematado por su cabeza de chacal, hojas de oro enlazadas en diademas fúnebres, lámparas ardientes con los olorosos aceites y las mechas propias de los grandes sacrificios, los collares, los anillos, los espejos, las joyas, símbolos expresivos del viaje hacia las riberas eternas. Dido, que tenía indudablemente de sus padres el culto á la muerte, arregló el traspaso de la vida presente á la vida futura cual hubiese podido arreglar cualquiera de las expediciones ordinarias emprendidas por su persona ó por su corte.